

Mario hojea sus libros de filosofía.

Últimamente se sentía inspirado para escribir cualquier cosa que su director de tesis le pidiese para publicarla donde fuese.

Sin duda la crisis mundial le estaba favoreciendo al poner en evidencia el sistema capitalista.

Al final se hacía patente que este macrosistema económico, basado en el librecambismo, estaba abriendo una brecha en la sociedad que a él le permitía escribir cuantos artículos desease.

Respiraba hondo, aspiraba el frescor del aire de Ciempozuelos, y se ponía de nuevo a trabajar.

Escribía como si una especie de inspiración divina le dictase aquello que debía decir. Su cerebro recibía la información como si en su disco duro, a través de años y años de aprendizaje, se hubiera grabado todo aquello que ahora él no hacía más que pasar a un procesador de texto.

Se notaba fuerte y poderoso como debían haberse sentido en su momento sus ídolos y maestros.

Era como si todos ellos se hubieran aliado, conectándose entre sí a través de su pensamiento, y finalmente hubiera llegado el momento de sacar a la luz sus obras con el fin de esclarecer a la humanidad.

¿Quién había dejado de creer en el marxismo?, se preguntaba.

Nadie, y menos ahora, se respondía.

El único problema es que nos encontramos divididos, y no saldremos de este atolladero mientras no consigamos unirnos, aunque precisamente de lo que trata el poder es de aislarnos.

Entonces, nostálgico, recordaba a su ex novia Mireya.

Ella tocaba el violín.

Concentrándose, podía aún escuchar la melodía del final de La lista de Schindler y luego sentir sus manos acariciándole.

Todavía se le erizaba la piel al recordarlo.

Cerró los ojos añorando la suavidad de sus labios, tratando de rememorar en vano el olor de sus cabellos recién lavados.

Se pasaban tardes enteras en su habitación.

Para ella sólo existían él y la música.

Para él la filosofía y ella, sin embargo...

No debía pensar en lo que había sucedido porque le hacía sufrir y le impedía trabajar. Spinoza, monismo y determinismo, eso es lo único que ahora ha de guiar mi razón, se decía.

Y así pasaban las horas de aquella noche de mayo hasta que los cantos de los pájaros le sacaron de su ensoñación.

El fin de las ideologías, me río yo.

Era como si el propio Marx se encontrara a sus espaldas insuflándole fuerza y valor.

Su vida tenía un sentido, y era el de luchar por el porvenir de una ilusión.

Los párpados le pesaban, pero no quería irse a dormir.

Le gustaría permanecer siempre rodeado de sus libros de filosofía y que de ellos brotaran todas aquellas cosas de las que su cuerpo y mente tuvieran necesidad.

Ahora le gustaría que Mireya entrara en su cuarto.

Miraba hacia la puerta, y al ver que no se abría, coge un libro y comienza a hojearlo deteniéndose en una frase que había subrayado en algún momento: "El progreso social puede ser medido por la posición social del sexo femenino".